



LA RAZÓN HISTÓRICA
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas
ISSN 1989-2659
Número 60, Año 2024, páginas 1-10
www.revistalarazonhistorica.com

Revolución y contrarrevolución: la pugna de los años de entreguerras

Roberto Vaquero Arribas

*Doctorando en Historia Contemporánea en la
Universidad de Valencia. Escritor e historiador.*

Índice

1. Introducción
2. La pugna de entreguerras
3. ¿Cuanto peor, mejor?
4. Bibliografía

Resumen: Los movimientos e ideologías fruto de la modernidad siguen teniendo un gran sesgo, una polarización que dificulta comprender procesos e incluso la propia naturaleza de dichos movimientos. Es este artículo se analizará la pugna que existió entre revolución y contrarrevolución en los años de entreguerras atendiendo a los diversos factores y actores que participaron en ella y sus motivaciones, dejando a un lado romantizaciones y afinidades, desentrañando el porqué de dicha pugna y a qué intereses de clase respondía cada uno de las partes en conflicto.

Palabras clave: Fascismo, comunismo, socialismo, tradicionalismo, conservador, pugna, II Guerra Mundial, Revolución rusa, revolución, contrarrevolución, reacción, liberalismo, democracia, autoritarismo.

Abstract: The movements and ideologies resulting from modernity are still greatly biased, a polarization that hinders the comprehension of processes and even the main nature of those movements. This article will analyze the struggle that existed between the revolution and the counterrevolution in the interwar times, paying attention to the several factors and actors who participated on it and their motivations, leaving aside the romantization and the affinities, unraveling the reason for that struggle and what interests of class were behind each of the parties in conflict.

Keywords: Fascism, communism, socialism, traditionalism, conservative, struggle, World War II, Russian Revolution, revolution, counterrevolution, reaction, liberalism, democracy, authoritarianism.

Introducción

El periodo de entreguerras fue un periodo convulso, de grandes cambios en Europa que terminaría polarizando la situación hasta acabar desencadenándose la II Guerra Mundial. Tras el terremoto político que supuso la Revolución rusa y el fracaso en su expansión por toda Europa surgieron con redoblada fuerza antiguos movimientos en respuesta al peligro que representaban las organizaciones obreras revolucionarias, al mismo tiempo que surgía un nuevo movimiento, el fascismo, con idéntica función, o por lo menos eso esperaban las oligarquías tradicionales de él, y así fue visto por comunistas, socialistas y anarquistas.

Se inició una pugna entre las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución en un momento de crisis y de depauperación de la clase obrera, en el que parecía que las fórmulas liberales y demócratas no servían ya para dar solución a los problemas del momento.

Existe una idealización clara de este periodo histórico y sobre todo de ciertas ideologías que aún a día de hoy siguen teniendo cierta importancia, más si cabe cuando estamos en un periodo de crisis que puede agravarse con el tiempo. El agotamiento del marco político actual puede traer situaciones graves para el futuro, sin duda interesantes y que vuelvan a traer a la actualidad nuevas formas de resolución, o el

auge de formas que se gestaron precisamente en los años en que se centra este estudio.

Ante una situación de crisis general, a la hora de comprender un posible proceso revolucionario, tanto en periodos anteriores como en la actualidad, es necesario preguntarse si cuanto peor es la situación social, política, moral y económica, más fácil es conseguir un cambio revolucionario, incluso si este cambio es algo inevitable con determinadas condiciones materiales. Sectores de la izquierda revolucionaria siempre han contestado afirmativamente a esta pregunta, pero analizando el periodo de los años de entreguerras se puede apreciar que la realidad es más compleja. El estudio de la pugna entre revolución y contrarrevolución de aquellos años puede ser esclarecedor al respecto y permitirnos responder a dicha pregunta sin dejar que caigamos en la idealización o partidismo en el que muchas veces se cae cuando se trata de temas tan polémicos y, en parte, tan actuales.

La pugna de entreguerras

La Revolución rusa tuvo un fuerte impacto en el movimiento obrero internacional, nuevos partidos fueron escindiéndose de los partidos socialdemócratas, constituyéndose como nuevos partidos comunistas. A su vez tuvo un impacto grande en los sindicatos. La derrota de Rosa Luxemburgo en Alemania y de Béla Kun en Hungría sellarían la idea de la revolución mundial, ya que solo logró triunfar de forma duradera en Rusia, por lo que las tesis de Stalin sobre el socialismo en un solo país terminaron imponiéndose a la idea de la revolución permanente de Trotsky. Aun así, la escisión del movimiento obrero fue fruto de la victoria soviética y de su fuerte influjo entre los obreros¹.

Comenzaría entonces una pugna entre las fuerzas que querían imitar lo que se había producido bajo el liderazgo de los bolcheviques en Rusia y aquellos que tenían miedo de la propagación de la revolución. Una pugna intensa entre los partidarios de la

¹ COMISIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA: *Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada 1960)*, pág. 20.

revolución y aquellos que querían impedirlos. También existieron desavenencias y conflictos entre los partidos obreros que se mantuvieron en posiciones reformistas y los que apostaron por unirse a la Komintern. La Revolución rusa marcó un antes y un después en la historia de Europa en el siglo XX.

Muchas veces se puede ver, incluso en la actualidad, a movimientos políticos y a líderes de los mismos afirmar que “cuanto peor, mejor”, que si la situación política, social y económica es mala se abren grandes oportunidades revolucionarias, prácticamente unen una situación peor a una segura victoria revolucionaria. La historia de los años 20 y 30 ha demostrado que eso no tiene por qué ser así, que depende de la correlación de fuerzas en ese momento determinado. El periodo de crisis en Alemania e Italia acabó con el éxito y la llegada al poder de Hitler y de Mussolini, no con la revolución. En general, durante ese periodo de crisis los comunistas consiguieron aumentar sus fuerzas en la mayoría de los países de Europa, por ejemplo, en Alemania, pero los fascistas fueron capaces de hacerlo en una medida mayor².

El periodo de entreguerras se definió por una crisis del liberalismo y de la democracia, ante su debilidad, el fascismo y otros movimientos de corte tradicionalista consiguieron crecer, en parte, por el miedo al comunismo y la revolución. Incluso partidos y grupos conservadores se vieron empujados a buscar una solución para el mantenimiento del orden establecido, pasando a financiar y apoyar movimientos de corte fascista³. Ante la inviabilidad de mantener los regímenes democráticos que garantizaban el dominio de la clase dominante, el gran capital buscó soluciones drásticas para no verse desplazado como ya ocurrió en Rusia, por ello, en medio de la crisis económica permitió y financió el auge de los fascistas⁴.

La Gran Depresión tuvo un gran impacto en Europa, en algunos países concretos de forma más intensa, aquellos que tenían deudas de guerra como consecuencia de la

² ABENDROTH, W.: *Historia social del movimiento obrero europeo*. Barcelona. Editorial Laia, 1983, pág. 114.

³ GÓNZALEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid. Alianza Editorial, 2020, pág. 157.

⁴ TUÑÓN DE LARA, M.: *Estudios de historia contemporánea*. Barcelona. Ediciones Orbis, 1986, pp. 140-141.

última contienda mundial lo pasaron especialmente mal. Como siempre, los que pagaron de forma más aguda las consecuencias de la guerra fueron las clases medias y los trabajadores, llevando a crear una situación idónea para que los fascistas comenzaran a recoger el descontento y enfocarlo en sus propios intereses. El capitalismo ya no tenía nada que ver con el libre mercado del siglo XIX, la concentración de capital en cada vez menos manos, la dominación monopolista, era un hecho consumado.

En Alemania el desempleo fue uno de los problemas más graves, el Partido Comunista Alemán llegó a tener un 85 % de miembros en situación de desempleo, viéndose una gran parte de la población del país a depender de los comedores de beneficencia⁵. El movimiento obrero, afectado de forma grave por el desempleo, no podía realizar una lucha política eficaz, aunque pudiera realizar movilizaciones, lo cual facilitó que los fascistas pudieran llegar a las clases medias e incluso a sectores de trabajadores. La escisión del movimiento obrero, con los partidos y sindicatos incluso enfrentados por políticas izquierdistas e infantiles como el *clase contra clase* no ayudaron a dar una respuesta conjunta al auge de los grupos fascistas⁶.

El nacionalismo, la demagogia y el populismo fueron las herramientas de los nacionalsocialistas en Alemania para crecer anteponiendo sus tesis de exacerbación nacional a las imposiciones del Tratado de Versalles de 1919. Mientras la población sufría las consecuencias de la crisis el país debía seguir pagando los 132 000 millones de marcos de oro que se les había impuesto como reparaciones de guerra, por ser señalados como los culpables del conflicto anterior. Era una cifra imposible de pagar, a la que había que sumar la humillación de cesiones territoriales. El caldo de cultivo para el auge de las fuerzas más reaccionarias estaba servido⁷.

⁵ HOBBSAWM, E.: *Hª del siglo XX*. Barcelona. Crítica, 2005, pp. 97-101.

⁶ ABENDROTH, W.: *Historia social del movimiento obrero europeo*, op. Cit, pág. 113.

⁷ HOBBSAWM, E.: *Hª del siglo XX*, op. cit, pág. 105.

El impacto de la crisis fue tal que durante este periodo llegaron a verse retraídos hasta los flujos migratorios. En Estados Unidos se pasó de recibir casi quince millones de inmigrantes en los quince años anteriores al primer conflicto mundial a cinco millones y medio en los quince siguientes⁸.

La Unión Soviética, sin embargo, no se vio afectada por la crisis como los países capitalistas. La economía planificada comenzó a despegar, consiguiendo eliminar el desempleo y lograron multiplicar su producción industrial por tres en los años que van de 1929 a 1940. Aunque existieron errores en el desarrollo productivo del país, la imagen que proyectaban los planes quinquenales al exterior fue buena⁹.

En la URSS se consolidó el régimen, pero no pasó igual en el resto de Europa, mientras las fuerzas obreras comenzaban un retroceso evidente, el fascismo avanzaba en varios países y en ese momento sin viso de parar. Se instauraron regímenes fascistas o con fuertes influencias de él (rasgos fascistizantes en regímenes de corte tradicionalista autoritario) en 1922 en Italia, en 1931 en Japón, en 1933 en Alemania y en 1939 en España. Lo que había sido anunciado como un periodo de grandes revoluciones se transformó justo en todo lo contrario. La crisis de las democracias y del liberalismo se convirtió en un hecho innegable.

Los errores del movimiento obrero y revolucionario se extendieron en el tiempo, la desunión se mantuvo hasta que desde la Komintern se cambió la política llevada hasta ese momento del “clase contra clase” y fue sustituida por la apuesta del Frente Popular, en la que se propugnaba la unión de fuerzas hasta hace poco enfrentadas para parar el avance del fascismo, que se había convertido en el enemigo principal y de más urgente confrontación por parte de los revolucionarios. Con esta táctica consiguieron victorias electorales en España y en Francia. Este cambio de posición llevó al Partido Comunista de España de ser un grupúsculo a convertirse en un partido de

⁸ Idem. pág. 95.

⁹ Idem. pág. 103.

referencia y gran importancia durante el periodo final de la República y especialmente en el transcurso de la Guerra Civil Española¹⁰.

El liberalismo en Europa fue empujado a retroceder por tres tipos de fuerzas políticas diferentes e incluso a veces enfrentadas:

El primero de los tipos de fuerzas políticas enfrentadas al liberalismo fueron los reaccionarios de viejo tipo, los tradicionalistas que eran conservadores, anticomunistas, autoritarios y, por supuesto, nacionalistas. No tenían mucha más ideología que su furibundo anticomunismo y la defensa del orden social tradicional. Tuvieron incluso enfrentamientos con los fascistas, que eran más radicales y fruto de la modernidad. Un buen ejemplo de tradicionalistas, aunque algunos adoptaran algunos rasgos del fascismo, fueron los carlistas en España de Comunción Tradicionalista o el Partido Nacionalista Español de Albiñana. El régimen de Horthy en Hungría es otro buen ejemplo, además tuvo problemas con grupos radicales fascistas¹¹.

El segundo fueron los partidarios de los llamados “Estados orgánicos”, que al igual que los precedentes eran conservadores y anticomunistas. La diferencia estriba en que ponían el punto de atención principal en la jerarquía social, ordenando la sociedad en torno a esta en estratos, para ellos el Estado era una especie de colectividad que representaba a todos los grupos profesionales. Para ellos, el corporativismo de Estado era superior a la democracia liberal. El Estado que mejor representa a los Estados corporativos fue el Portugal de Salazar¹².

El tercer tipo fue el fascismo, un movimiento fruto de la modernidad, con una clara vocación de masas, violento y radical que surgió para dar respuesta al avance de los grupos revolucionarios, especialmente en Europa. De carácter populista y demagógico, tenían una escenografía política cuidada y esmerada, y una retórica obrerista y

¹⁰ ABENDROTH, W.: *Historia social del movimiento obrero europeo*, op. cit, pág. 120.

¹¹ BERSTEIN, S.: *Los regímenes políticos del siglo XX*. Barcelona. Ariel Historia, 1996, pág. 93.

¹² HOBBSAWM, E.: *Hª del siglo XX*, op. cit, pp. 119-121.

pseudorrevolucionaria. Hobsbawm los señaló como revolucionarios de la contrarrevolución¹³.

Aunque existió un fascismo católico, y eran defensores de la tradición, tenían un carácter más laico que los grupos descritos con anterioridad. El fascismo compitió con las organizaciones revolucionarias por la influencia de las clases bajas y los desempleados en un contexto de violencia, lucha escuadrista y asalto al poder.

En la actualidad existe una gran indefinición sobre lo que es el fascismo, debido a la necesidad de ciertos grupos dominantes de señalar o criminalizar a los adversarios políticos e imponer su visión hegemónica, todo lo que no encaje completamente con su pensamiento es tachado de fascista o de extrema derecha, contribuyendo a la indefinición del fenómeno.

El fascismo se internacionalizó con la llegada de Hitler al poder en Alemania, en muchos países se conformaron grupos de esta tendencia que fueron ganando poder por la inercia general del movimiento en Europa y como freno a la revolución. El miedo a la misma hizo que muchos sectores conservadores y tradicionales tuvieran simpatías, apoyaran o incluso se unieran a este tipo de organizaciones. No hay que olvidar que el fascismo llegó al poder en Alemania e Italia con la conformidad del régimen tradicional.

Aunque los tres tipos de fuerzas que hicieron retroceder al liberalismo y a las democracias europeas compartían algunas características es necesario recalcar que también tenían diferencias notables, en caso contrario se podría caer en la tendencia actual, que también se dio en otras épocas, no hay más que mirar los cambios de definición de *fascismo* de la Komintern o del PC(b) a lo largo del tiempo, de señalar todo lo que es reaccionario o contrarrevolucionario como fascista. Desvirtuar o desdibujar un concepto solo sirve para enfangar el conocimiento sobre el mismo.

¹³ Idem. pág. 124.

¿Cuanto peor, mejor?

Todas las revoluciones dignas de ser designadas como tal se han desarrollado en situaciones de crisis, solo hay que mirar atrás para ver ejemplos claros de ello. La Revolución francesa o la Revolución rusa se llevaron a cabo en un momento de crisis general, no solo económica, de cada una de sus sociedades. Pero esto no significa que ante determinadas situaciones, cuando peor están las condiciones materiales para un país y para los trabajadores, la irrupción de la revolución sea algo asegurado, mucho menos su triunfo.

Los años 20 y 30 del siglo XX dan buen ejemplo de ello. En una situación de crisis generalizada las fuerzas revolucionarias llegaron a estar incluso a la defensiva, viéndose las organizaciones obreras obligadas a cambiar sus tácticas y a promover la unión en frentes populares para intentar poder competir con visos de victoria contra las fuerzas reaccionarias, de forma especial contra el fascismo, que justo en estos años tuvo un auge en toda Europa innegable.

En pleno periodo de crisis general en Europa los fascistas fueron los que más consiguieron crecer, más que los socialistas o los comunistas, no solo haciéndose fuertes en determinados países, sino llegando a conquistar el poder y forzando al enemigo a replantearse sus métodos, alianzas y objetivos a corto plazo. Lo que deja manifiestamente claro que aquello de “cuanto peor, mejor” no tiene por qué desarrollarse así. De hecho, para las fuerzas revolucionarias puede significar justo todo lo contrario.

Obviamente en los periodos de crisis pueden surgir movimientos revolucionarios, y que aprovechen la situación, pero no son los únicos, los periodos de crisis dan a alas tanto a los partidarios de la revolución como de la contrarrevolución, quién gane esta pugna solo puede decidirlo la correlación de fuerzas, no fórmulas mágicas y fijas sacadas de un manual de hacer la revolución.

Bibliografía

ABENDROTH, W.: *Historia social del movimiento obrero europeo*. Barcelona. Editorial Laia, 1983.

BERSTEIN, S.: *Los regímenes políticos del siglo XX*. Barcelona. Ariel Historia, 1996.

COMISIÓN DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA: *Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada 1960)*.

GÓNZALEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*. Madrid. Alianza Editorial, 2020.

HOBBSBAWM, E.: *Hª del siglo XX*. Barcelona. Crítica, 2005.

TUÑÓN DE LARA, M.: *Estudios de historia contemporánea*. Barcelona. Ediciones Orbis, 1986.